

Más que sabio, altanero,  
Se humilla al pie del Escipion ibero.

» ¿Qué es de la legion fiera  
Que arrastró de Valencia la muralla?  
Huye, y huyendo es vana la carrera  
Del veloz bruto y la acerada malla,  
Que con puñal en mano  
Salta a la grupa el leve valenciano (1).

» Mira allá á los que obligas  
A devastar los campos en que esconde  
Su raudal Guadiana; que entre espigas  
Vuela la muerte sin saber de dónde;  
¡Y cuán tremendo Marte  
Los asalta sin trompa ni estandarte!

» Si sorprendiste en vano  
A la industriosa gente de Barcino,  
Vélos burlar las artes de Vulcano,  
Y entre sus manos horadando el pino,  
Con ecos victoriosos  
Hacen callar tus bronces horrosos.

» Crezca, en fin, tu despecho  
Al pie de la invencible Zaragoza;  
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!  
¡Cuál las confunde! ¡Cómo las destroza!  
Oponiendo constante  
Brazos de hierro y pechos de diamante.

» ¿Qué es á ellos la arrogancia  
De los fieros ministros de tu fraude,  
Si en tanto de los héroes de Numancia  
Desde el Olimpo un coro les aplaude?  
Sobre sus sienes fieles  
Lloviendo á un tiempo bombas y laureles.

» Pero ya la gallarda  
Gente no sufre coto; y cual granizo  
Se precipita de la nube parda,  
Cuando al sonoro trueno se deshizo,  
Tal se arrojan veloces  
A derrocar tus águilas feroces.

» Oye en su sordo grito  
El fallo de tu ruina, y ve en su frente  
Que el dedo de las Furias les ha escrito:  
*Venga á tu hermano, que murió inocente;*  
Ni los manes reposan,  
Que por el aire errantes les acosan.

» Si; ya llega bramando  
Como huracan la nacional venganza,  
Tus pérdidas falanges arrollando;  
Y ya á tu hermano bajo el solio alcanza,  
Que de la indigna mano  
Trémulo suelta el cetro soberano.

» Ni la régia corona  
En las turbadas sienes ya mantiene;  
Mas del trono, que atónito abandona,  
De un escalon en otro al suelo viene;  
Y huye entre sus guerreros,  
Como en banda de buitres carniceros.

» Tal será tu castigo,  
Soberbio usurpador; del alto asiento  
Caerás tambien (2). Yo, yo te lo predigo;  
Yo, que por ley de celestial intento  
Guardian de estas montañas,  
Hado soy tutelar de las Españas.»

Siente apénas la vida

(1) Los valencianos, aprovechando su ligereza natural, alcanzaban en la carrera á la caballería de coraceros del Mariscal Monecy, y saltando con agilidad de tigres á las ancas, derribaban á puñaladas á los ginétes.

(2) Este vaticinio tuvo su cumplimiento á los siete años, con la célebre batalla de Waterloo, en que fué destruido todo el poder de Bonaparte, y el preso y desterrado á la isla de Santa Elena, donde acabó sus días.

El mezquino tirano á sus acentos;  
Y como sierpe acaso desprendida  
De las garras del águila en los vientos,  
Yerto en letal insulto  
Cayó, enroscado, entre la hierba oculto.

## X.

## EPITALAMIO REAL (1819).

La destruccion fatal que al mundo aflige,  
Y la conservacion de los mortales  
Con incesante accion luchan iguales.  
Esta al humano corazon dirige,  
Que fluctuando en su voluble encanto,  
Hoy es contento en él lo que ayer llanto.

Así el invierno á la estacion florida  
Sucede; así las nieves á las flores,  
Así alternan placeres y dolores.  
Y en el vaiven de nuestra frágil vida,  
Del mal al bien, ¡cuán lenta es la balanza!  
Del bien al mal, ¡cuán rápida mudanza!

Pues si tal es la ley, y un grato estruendo  
Oigo excitando á pública alegría  
Desde el alto palacio á la alquería;  
Si el cóncavo metal voltea hiriendo  
Los aires con sus trémulos sonidos,  
Y el cañon con sonoros estampidos,

¡Qué haces, cítara ociosa, que no acudes  
De Himeneo á juntarte al grato acento  
Que en cielo y tierra resonando sientol  
Lisonjas no, benéficas virtudes  
Sólo reclaman hoy tus cuerdas de oro;  
¡Podrás negarte á tan amable coro?

Saliendo de entre bosques olorosos,  
Ven, céfiro gentil, benigno á España;  
La aroma esparce que tus plumas baña,  
O el ámbar que Cupidos vagarosos  
Destilan de sus alas celestiales,  
De Páfos sobre tálamos nupciales.

Pero ¡qué es la fragancia y los olores  
Exhalados de rosas y jazmines,  
Ni ambiente de aromáticos jardines,  
Junto al aura feliz de mil amores  
Que al áureo carro cerca, y acompaña  
El encanto del Elba á nuestra España?

Pronto el coro de Gracias á su frente  
Dará el velo nupcial; pronto en el ara  
Encenderá el amor su antorcha clara;  
Y entonces ¡ay! ¡quién pintará elocuente  
Del agitado seno la ternura?  
Sólo el sentirlo es tuyo, alma natura.

Vén, Himeneo; y cual la nieve puros,  
Los reales pechos plácido regala;  
El fuego amante de los dos iguala,  
Y adormidos en paz gocen seguros,  
Mientras que junto al tálamo halagüeño  
Alma Fecundidad les guarda el sueño.

Que ella propicia al fin vierta á raudales  
Flores sobre la augusta ceremonia  
Que hoy une el tronco ibero al de Sajonia.  
Y que, viniendo en pos frutos iguales,  
Al dulce rayo de tan fausto día  
Resuene Iberia en himnos de alegría.

Iberia, ¡oh patria! á cuyo ardiente brío  
Se debe el golpe de terrible encono  
Que al opresor precipitó del trono;  
A tus pies se estrujó su poderío,  
Y la cerviz del pérfido caudillo  
Doblóse á tu patriótico cuchillo.

Por amor á tu rey, Iberia altiva,

Hiciste, vuelta á tu valor primero,  
Émula de tu fama al mundo entero.  
Tu alarido de guerra á la cautiva  
Europa rescató de vil cadena;  
Por ti respira en libertad serena.

De tanta usurpacion, tú, los despojos  
Convirtiendo en trofeos de tu gloria,  
Tu rey alzaste al carro de victoria.  
Y ¡oh cuán grato, Fernando, fué á tus ojos  
Mirar de héroes cubiertas tus Españas,  
Y el orbe todo absorto en sus hazañas!

Premio y corona es á su noble celo  
Hoy María Josefa augusta y bella.  
Ya ve el empero complacerse en ella  
Al tercer Carlos, y oye al caro abuelo,  
Que exclama: «Al fin, tú la lloraste, Italia;  
Digna esposa será, cual fué mi Amalia.»

Viva, y reine feliz hasta aquel día  
Que el tiempo cese, y que los reinos se hundan  
Y en las ruinas del orbe se confundan,  
Cuando extinguidos en tiniebla fria  
Astros y soles entre horribles truenos,  
Colmen de inmensidad los vastos senos.

En tanto ¡oh Dios! esa ominosa niebla,  
Velo de error que nuestra mente empaña,  
Aparta, aparta de la triste España.  
¡Ay! la infelice gente que la puebla  
Harto ha sufrido en gloria de sus reyes,  
Harto en defensa de tus santas leyes!

## XL

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,  
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, EN EL ANUNCIO  
DE SU PRIMER EMBARAZO.

Grata es la rosa al delicado gusto  
De una jóven sensible á par que bella,  
Por ser de su rubor retrato justo,  
Y de su fresca edad ver copia en ella.  
Grato le es el diamante, cuyos brillos  
Remedan de sus ojos la viveza,  
O envueltos del cabello en los anillos,  
Antorchas son que ilustran su belleza.  
Grato el don de las índicas orillas  
En ámbares y esencias olorosas,  
Porque á par del carmin de sus mejillas  
Completan la ilusion de que son rosas.  
Mas si es la bella el soberano dueño,  
Elevada del sólio á la alta cima,  
Cuanto hay de material le es dón pequeño,  
Y las flores del alma sola estima.

Así yo algunas de mi ingenio escaso,  
Cristina augusta, ofrezco á tu guirnalda,  
Cogidas, no en la cumbre del Parnaso,  
Sino en lo más humilde de su falda.  
No van á ti preciadas de alta ciencia,  
Sino de rendimiento y de ternura,  
Y aún más de haber debido su existencia  
Al genio precursor de tu hermosura;  
Cuyas doradas alas derramaron  
Sobre la Iberia el dón de la armonía,  
Y entre mil cisnes que en tu honor cantaron,  
La aclamacion primera fué la mia.  
Sentí tu gloria, y la canté al momento;  
Y mi verso, inflamado en tu atractivo,  
Fué, como el primer grito del contento,  
Disonante tal vez, pero expresivo.

Mas, ¡ay! si al gozo de aclamarle esposa  
Faltaba entonces expresion que cuadre,  
¿Cómo he de hallarla en la ocasion dichosa  
En que ya es dado el saludarte madre?  
Bien lo predije, que «á tus rayos de oro  
La paz lanzaba las civiles furias,  
La Abundancia ofreciendo su tesoro,  
Y la Fecundidad príncipe á Asturias.»

Hizo el amor profético mi verso,  
La esperanza se muestra en ti florida;  
La gloria lo publica al universo,  
Y España lo oye en júbilo embbebida.  
Que en el vástago nuevo está esperando  
Un héroe más á la española silla;  
Y si falta un Católico Fernando,  
Una Isabel tendrémós de Castilla.  
Al ejemplo inmortal de sus mayores  
Deberá tal valor, Cristina bella,  
Y á que gracia y virtud serán las flores  
Que irá cogiendo por tu hermosa huella.  
Ya la preclara estirpe de Borbones  
En tu talle gentil se hace presente;  
Como un rosal descubre en sus botones  
Las flores que han de ornar luego su frente.  
Mi antigua lira, en tan feliz reseña,  
Hace la salva, en himnos de alegría  
A aquella hija del sol, hora risueña,  
Que abrirá el cielo al natalicio día.  
Acogedlos, señora, cual las rosas  
Que de su manto esparce primavera;  
Que aunque otras nazcan luego más pomposas,  
Gusta y merece más la flor primera.  
Que si de vos los oye el regio esposo,  
Mostraréis lo que en gracia el verso gana  
Cuando se une á un acento armonioso  
La pompa de la lengua castellana.

## EPÍSTOLAS.

## I.

## LA BANDERA (1).

Delio, lei tus versos delicados,  
Llenos de amenidad y de dulzura,  
Y viendo tus trabajos ponderados,  
Moviome á compasion tu desventura:  
Vi la negra prision de los malvados  
Que retratar tu musa allí procura,  
De quien eras ayer guardian severo,  
Como allá en los infiernos el Cerbero.  
Te juzgas infeliz; pero yo envidio  
Esas que tú me pintas crudas penas,  
Pues es mejor ser guarda de un presidio  
Que arrastrar del amor duras cadenas;  
Tú las noches en lánguido fastidio  
Pasas, y yo de turbulencia llenas:  
¡Cuánto más apacible es esa calma  
Que en esta agitacion tener el alma!  
Si tú vives cerrado, á tu despecho,  
Entre facinerosos malhechores,  
Yo, á mi pesar, albergo en este pecho  
El mayor de los fieros matadores:  
¡Cuánto mayor estrago tienen hecho  
Los dardos del amor abrasadores,  
Que con el fuego ó acerado hierro  
La foragida gente de ese encierro!  
Cuando tú ayer, al declinar la tarde,  
A su colmo elevaste mi alegría,  
Insidioso el amor, como cobarde,  
Sus tiros á mi pecho dirigia:  
En un balcon estaba haciendo alarde  
De su beldad la desdeñosa mia,  
Tanto que, enamorado de su cara,  
El mismo sol por contemplarla pára.  
Bien pudieran, á vista de sus ojos,  
Oscurecer su brillo las estrellas;  
Pudiera, viendo sus cabellos rojos,  
Febo ocultar sus pálidas centellas:  
Al mirar sus mejillas por despojos,  
Rendir pudiera Abril sus flores bellas;  
A su pecho el invierno llamar debe

(1) Es contestacion á unos versos que un amigo le escribia, hallándose éste de guardia en un cuartel de presidiarios, en ocasion en que el autor marchaba llevando una bandera entre la infanteria.

Lo más cándido y puro de su nieve,  
Viendo en su boca la agradable risa,

Ocultará sus perlas el Oriente;  
Ocultará sus perlas si divisa  
Las que se asoman al coral riante:  
A parecer oscuro le precisa  
Al cielo lo sereno de la frente,  
Pues, porque esté serena, allí le deja  
Un iris la natura en cada ceja.

¿No ves al caminante en la espesura  
De las frondosas selvas emboscado,  
Si le sobrecogió la noche oscura  
Sin hallar el camino deseado?  
¿No le ves triste y lleno de amargura  
Mirar el cielo en nubes enlutado,  
Y el agua que los árboles desgaja  
Y derrumbada de las nubes baja?

¿Y cuando solamente se está oyendo  
El ronco silbo del soberbio Noto,  
Un relámpago vivo precediendo,  
Que parece abrasarse el verde soto,  
Rasga la nube el rayo con estruendo,  
Tiembra la tierra en duro terremoto,  
Y atónito y confuso el caminante,  
No osa mover la planta atrás ni adelante?

De esta manera yo, cuando marchaba  
Al compás de instrumentos belicosos,  
Alta la noble insignia que guiaba  
Al templo del honor los valerosos,  
Cuando advertí que Silvia en mí fijaba  
Los rayos de sus ojos luminosos,  
Me turbo, paro, y resistiendo en vano,  
Se me cae la bandera de la mano.

De la amorosa llama perturbado,  
Rendí a sus pies la insignia del dios Marte;  
¿Qué mucho, tremolando enarbolado  
En su frente de Amor el estandarte!  
¡Ay Delio! y pues ya ves mi triste estado,  
Un consejo por último he de darte;  
Y es, que si tienes corazón sensible,  
Te guardes de su vista, que es temible.

## II.

## A D. JOSÉ DE VARGAS (1).

Corred, volad, tímidos versos míos,  
Mientras las Musas pavorosas gimen,  
Por el árido bosque de navios  
Que las espaldas de Neptuno oprimen;  
Y en una de esas máquinas que bríos  
Dan al furor para el sangriento crimen,  
Hallaréis entre horriblos cañones  
A quien de paz os da sábias lecciones.

No os admire que insignias militares  
Vista quien dulce paz os aconseja,  
Ni verle pronto a ensangrentar los mares,  
Cuando asolado el continente deja;  
Dura necesidad de sus hogares,  
No crueldad, no la ambición le aleja;  
Necesidad y honor con falso brillo  
Dan a su mano el bárbaro cuchillo.

El falso pundonor, esa quimera  
De todos aclamada, no entendida,  
De la soberbia vil tan compañera  
Como de la virtud desconocida,  
Es quien la venturosa paz altera,  
Acibara los gustos de la vida,  
Y dirige el pañal del hombre insano  
Contra la esposa, el padre ó el hermano.

Tú, Vargas, del honor la senda triste  
Pisas, dejando huellas inmortales;  
No buscas esa gloria que consiste  
En la desolación de tus iguales;  
Si por cumplir el cargo que escogiste,  
Cual valeroso joven sobresales,  
Aspirando á virtudes más sublimes,

(1) Es respuesta á los consejos que Vargas y Ponce le dió, en verso, para que dejase la carrera militar por el estudio de la literatura, hallándose embarcados ambos amigos en una escuadra que iba á dar la vela para la primera campaña contra la Francia.

La dura espada involuntario esgrimes,  
También yo involuntario la desnudo,

Y el resplandor del hierro me horroriza  
Cuando contemplo el ministerio crudo  
De matar, destruir, volver ceniza.  
Mas ¡ay! que ya Belona el ancho escudo  
Embraza, y de discordia el fuego atiza,  
Llevando tras el hórrido caudillo  
El corazón soberbio y el sencillo.

Léjos, léjos de mí el eco tremendo  
Del cañon que derriba las murallas;  
No es mio de los hombres estar viendo  
La mortandad horrible en las batallas:  
Yo tiemblo al escuchar el duro estruendo  
Con que entre picas y lucientes mallas,  
Atropellando gentes presuroso,  
Pasa de Marte el carro polvoroso.

Hay quien gusta de ver llena la tierra  
De cadáveres pálidos y frios,  
Y que rieguen los frutos de la guerra  
De sangre humana caudalosos ríos;  
Pero á mí este espectáculo me aterra:  
Llenos de humanidad los ojos míos,  
Sólo pueden hallar horror y susto  
Donde el fiero soldado encuentra gusto.

Otras vistas me agradan, y no aquéllas;  
De más sólidos bienes me enamoro:  
Ojos que deslucen á las estrellas,  
Cabellos que robáis el brillo al oro,  
Labios que marchitáis las rosas bellas,  
Pechos que de la nieve sois desdoro,  
Hoy á vosotros pienso dirigiros  
Un triste dón de llanto y de suspiros.

Vosotros solos sois de mi avaricia  
El objeto y la gloria deseada;  
Mi tierno corazón sólo codicia  
Un vuestro sonreír ó una mirada;  
Mientras otro las horas desperdicia  
En ganar la corona ensangrentada,  
Las manos de mi Silvia deliciosas  
Me coronen á mí de mirto y rosas.

Amigo, la pasión me desvanecce,  
Haciéndome soñar felicidades,  
En un tiempo en que el sol no resplandee  
Sino para aclarar negras maldades (2);  
Vivimos (si tal nombre se merece  
El gozar lo peor de las edades)  
Días en que á la paz horrenda guerra  
Arrojó para siempre de la tierra.

Tienda la noche su estrellado manto  
Sobre la desgraciada faz del mundo;  
Ya no me da su oscuridad espanto,  
Ni su silencio tético y profundo;  
Yo sólo respirar puedo entre tanto  
Que á los demas vivientes me confundo,  
Y sus tinieblas roban de mi vista  
El objeto fatal que me contrista.

Un entusiasmo triste me sofoca,  
Y siempre del propósito me aparta,  
Negando aquella parte que los toca  
A los divinos versos de tu carta;  
Mas como ni mi ciencia, ni mi boca,  
Pobre de voces, de defectos harta,  
Pueden, Vargas, llegar donde tú alcanzas,  
Oye reconvenções, no alabanzas.

¿Los peligros me mandas que rehuya,  
Y de exponer mi vida así me acensas,  
Cuando el próximo riesgo de la tuya  
Pálido mira el coro de las Musas?  
Y en tanto que la paz te restituya,  
Se turban las corrientes Aretusas,  
Llora también el rubio Febo intonso;  
Tanto merece el gran cantor de Alfonso (3).

Me tributas elogios sospechosos;  
En lugar de adularme, ellos me ofenden,  
Pues me alabas en versos tan hermosos,  
Que á los míos afrentan y reprenden;

(2) Estos versos, escritos en 1792, envuelven un presentimiento, muy acertado, de la serie de males que desde entonces ha estado padeciendo la Europa.

(3) Elogio de don Alfonso el Sabio, pronunciado en la Academia Española por don José de Vargas.

Cantos de ruiseñores amorosos,  
Cuando en el bosque al cazador suspenden,  
No formaron jamás tan dulce ruido  
Como es el de tus versos en mi oído.

Si acaso visitar los patrios lares  
Permite alguna vez la guerra impía,  
Cuando en los dulces brazos te encontrara  
De tu bella mitad, yo de la mía,  
Entonces tus empresas militares,  
Tu talento, tu gran sabiduría  
Ocuparán mi voz; pero entre tanto  
Ten la bondad de perdonar mi canto.

## III.

## A PRÓSPERO (1).

Fija en el claro sol audaces ojos  
La reina de las aves sin espanto,  
Y el padre de las luces sus arrojados  
Perdona, y su calor mitiga en tanto;  
Yo, Próspero, que á vos en versos flojos  
Y con musa infeliz mi voz levanto,  
Si en vos un sol benigno no brillára,  
Amistoso fomento no esperára.

Pero viendo cuán mansa se desliza  
De vuestros beneficios la corriente,  
Que todo lo fecunda y fertiliza,  
Y es vuestro corazón su dulce fuente,  
El mio sus temores tranquiliza,  
Y un rato os pide levanteis la mente  
De discordias de pueblos y naciones,  
Para compadecer mis aflicciones.

Ellas son tantas, Próspero, que apenas  
Les igualan tus prendas singulares,  
Que es más que numerar cuantas arenas  
Cubren el vasto fondo de los mares;  
Oyélas, pues, en tanto que refrenas  
El furor de disturbios populares,  
Y que esgrimes la espada vengativa,  
Sin apartar los ojos de la oliva.

Y mientras descansando del trabajo  
Gozas la perspectiva amena y tosca  
De las frondosas márgenes del Tajo,  
Por donde el bello Brillador (2) se embosca;  
Y el animal, soberbio de ir debajo,  
Ensancha la nariz, el cuello enrosca,  
El ojo brota fuego, el labio espuma,  
Y con herrado pié la tierra abruma;

En tanto que los céfiros suaves  
Andan volando en torno de tus sienas,  
Por librarte un momento de los graves  
Cargos que en la memoria siempre tienes;  
En tanto que las flores y las aves  
Y las aguas se dan los parabienes  
Por verte reposando en medio de ellas,  
Abre tu corazón á mis querellas.

No fué la inclinación del genio mio  
El ejercicio duro en que me veo,  
Que ya desde la infancia el hado impío  
Se ensayaba en torcerme mi deseo;  
Viendo yo que oponerse al poderío  
De la fortuna es loco devaneo,  
Adios diciendo á mi nativa choza,  
Entré en las naves que la mar destroza.

Apénas vi tender los anchos linos,  
Y con la corva quilla apénas toco  
Los amargos y pérdidas caminos  
Que se abrió la ambición del hombre loco,  
Pensé dejar los fugitivos pinos,  
Y mientras lo pensaba, poco á poco  
Me iba engolfando por los mares altos,  
Donde una nube da mil sobresaltos.

En tanto el aire empieza á oscurecerse,  
La luna entre celajes á ocultarse,  
Los montes en las olas á esconderse,  
Las olas en los cielos á estrellarse;

(1) Compuesta durante una larga enfermedad del autor, de que vino á perder casi la vista; y en ella se bosquejan algunas de sus navegaciones. En 1794.

(2) Nombre de un caballo.

Comienzan los bajeles á no verse  
Y en la salobre espuma á revolcarse,  
La oscuridad alterna con la llama,  
El cielo arriba, el mar debajo brama.

No bastan del marino los arrojados  
Contra el furor del piélago terrible;  
Que pronto de la nave los despojos  
Nadando van por la extensión movible:  
Sin morir ven la muerte ante sus ojos.  
¡Oh Dios! ¿por qué me diste tan sensible  
Un corazón que destinabas ántes  
Para ver padecer mis semejantes?

¡Tú, en cuyo pecho late el más humano,  
Próspero, de los grandes corazones!  
¡Oh bien feliz, pues tienes en tu mano  
Sentir y remediar las aflicciones!  
Que yo, al mirar cayendo al golfo insano  
La flor de las marítimas regiones  
Desde los altas popas del gran Cárlos,  
No pensaba en salvarme por salvarlos.

Calma la mar, aplácanse las olas,  
Purifícase el aire, y los bajeles  
Quietos se ven como la cierva á solas  
Cuando ya no la siguen los lebreles:  
Hiriendo en las banderas españolas,  
El sol las manifiesta á los infieles  
Que al sur habitan del lugar por donde  
Vendió á la España el vengativo conde.

Opuesto allí á los bárbaros marruecos (3),  
De Ceuta las murallas abrigando,  
A mi pecho asustados vi los huecos  
Bronces que escupen el metal bramando.  
¡Miserá humanidad! en mi tus ecos  
El fanático honor estaba ahogando,  
Y mil globos de muerte despedidos  
Sentí pasar silbando en mis oídos.

La suerte de las armas por la orilla  
Del africano mar luégo me lleva,  
De do vieron en frágil navicilla  
Marte y Neptuno mi constancia á prueba.  
Si la vida salvé, no es maravilla;  
Que la Parca jamás su furia ceba  
En quien desde su mismo nacimiento  
Muere al placer y vive al sentimiento.

Entre tanto el monarca del abismo (4)  
Con ambas manos el bidente aferra,  
Y excediéndose en cólera á sí mismo,  
Lo estribó contra el globo de la tierra;  
A su choque, el ibérico heroísmo,  
Que del árabe sufre eterna guerra,  
Vió desplomarse á Orán sobre sus hombros,  
Y volvió á renacer de los escumbros.

Triste ilusión, señor, mi fantasía  
Perturba, y viene á envenenarme el estro:  
¡Ah! perdonad si escaso de alegría,  
Pinturas melancólicas os muestro;  
Pues el mortal á quien el cielo envía  
Un corazón sensible como el vuestro,  
Halla escondido en la tristeza un gusto  
Que nunca prueba el alma del injusto.

Veo rasgarse del Olimpo el velo,  
Y el Sér supremo en el enojo mismo  
Con que precipitó del alto cielo  
Al querubín rebelde en el abismo:  
De Orán temblando el conturbado suelo  
Al iracundo ceño del Altísimo,  
Y el orbe todo en general desmayo  
Al ver bajar de su venganza el rayo.

Rompiendo la región del éter puro,  
Rápido centellante el rayo parte;  
No hay astro que al pasar no deje oscuro,  
Color de sangre en todos se reparte:  
Cayó en la tierra, y con el choque duro  
Su globo taladró de parte á parte;  
Y penetrando hasta el tartáreo averno,  
Fué á herir en la cabeza al monstruo eterno.

Alzó Luzbel la frente condenada  
A dolorosa y sempiterna pena,  
Y echó al empireo trono una mirada

(3) Defensa de Ceuta.

(4) Terremoto de Orán.

De rabia y de maligna envidia llena;  
Mas viendo la fatal sentencia dada,  
Que la desolacion de Africa ordena,  
Tal gusto percibió, que su contento  
Calmó por un instante el gran tormento.

Lanzó del pecho un espantoso grito  
Para expresar sus infernales gozos,  
Y el eco en las cavernas del Cocito  
Descerrajó los negros calabozos.  
Acerbos vengadores del delito,  
Ministros de los bárbaros destrozos  
Viniéronle á cercar, jurando fieles  
Ejecutar sus órdenes crueles.

Cercaban á Pluton tropas feroces  
De varias monstruosas criaturas,  
Que con el són confuso de sus voces  
Asordaban las bóvedas oscuras.  
Mil vampiros horribles, mil atroces  
Larvas de colosales estaturas,  
Mil hambrientas arpias, y legiones  
De esfinges hediondas y dragones.

Y entre mil varios monstruos que han nacido  
En los cobardes pechos de hombres flojos,  
Que vencerse á sí mismos no han podido,  
Ni poner justo freno á sus antojos,  
La Soberbia llegó con cuello erguido,  
Brotando vivo fuego por los ojos,  
Colérica, espumante y amarilla,  
Al lado de Pluton plantó su silla.

Ella prestó la fuerza ruinosa  
Al bidente infernal que hizo tu estrago,  
¡Miseria Orán! Tu imagen lastimosa,  
La crueldad de aquel momento aciago  
Nunca sobre mi mente se reposa  
Sin parecerme que en el aire vago  
Se oyen los alaridos, los lamentos  
De los que sepultaron tus cimientos.

Pronto en su ayuda el galeon navega,  
Favorecido de ambos elementos;  
Que el hombre á sus desgracias siempre llega  
Tan pronto como tarde á sus contentos.  
Aun la trémula tierra no sosiega;  
Antes en convulsivos movimientos  
Hace temblar los muros quebrantados,  
Pero no el corazón de los soldados.

Yo disfruté el deleite que más debe  
Lisonjear el corazón humano,  
Dando á los infelices, aunque leve,  
El socorro primero de mi mano.  
Era en el tiempo ya cuando se atreve  
A insultar su desgracia el africano,  
Que, para consolarlos de sus penas,  
Les presentaba bárbaras cadenas.

Mas no las toleraban en sus cuellos  
Los fuertes defensores de la plaza,  
Ni el pavor que infundir no pudo en ellos  
El terremoto, infunde la amenaza:  
Su valor señalaron en aquellos  
Hechos que nunca el tiempo despedaza,  
Que tuvieron á raya al enemigo  
Y de que yo también seré testigo.

Pero ya me conduce la risueña (1)  
Fortuna á los momentos de mi vida  
En que me pareció más halagüeña;  
Y ya mi navecilla, dirigida  
Por soberanas órdenes, me enseña  
Los mares que primero á su salida  
Las luces ven del sol, cuando con ellas  
Alumbra al mundo, ofusca las estrellas.

Siempre llamé felices las tareas  
Del que viaja el mundo; y no os asombre  
Que el hombre rectifica sus ideas  
Cuanto más se compara con el hombre;  
Y aunque pase más riesgos que de Enéas  
Cuenta el que memorable hizo su nombre,  
Esperanza los sustos borrar sabe,  
Como en el agua el surco de la nave.

En aquella region voluptuosa  
Donde la Europa al Asia se avecina,  
Donde una y otra ostenta de envidiosa

(1) Viaje á Constantinopla.

Cuanto tiene de bella y peregrina,  
Alza la frente antigua y orgullosa,  
Desafiando al tiempo, Constantina,  
Y sus torres tan altas se levantan,  
Que las nubes en ellas se quebrantan.

Tal es la capital del turco imperio,  
Soberbia, rica, innumerable en gente,  
Donde gime en perpétuo cautiverio  
La que reina en Europa dulcemente;  
Donde cubren las nubes del misterio  
Los más hermosos soles del Oriente;  
Y donde hasta el placer es un vasallo  
(¡Brutal placer!) del dueño del serrallo.

Fuera abusar, señor, de la paciencia  
Con que estais tolerando mis locuras,  
En las calles pintar la concurrencia  
De trajes, de idiomas y figuras,  
Como la mezquindad y la opulencia  
Que á vista de las dos arquitecturas  
La ignorancia presente ofrecen luégo  
Mezclada á lo mejor del genio griego.

Mis penas, no mis gustos, el motivo  
Son, Señor, de acogerme á vuestro amparo;  
Y sólo alguna vez el bien escribo  
Porque hagais en el mal mayor reparo.  
Ya os pinté con un rasgo fugitivo  
Aquel conjunto prodigioso y raro;  
Ahora veréis, señor, entre qué sustos  
Disfruta un infeliz sus breves gustos.

Bien sea de moradores la abundancia (2),  
Que al exceso la atmósfera calientan,  
O la supersticiosa vigilancia  
Con que enjambrados de perros alimentan,  
O en sus enfermedades la ignorancia  
Con que en vez de curarse las aumentan,  
Funesta peste eternamente sopla  
Dentro de la infeliz Constantinopla.

Vuelan exhalaciones de veneno  
Por el aire, y aquel que las respira,  
Aunque esté de salud y fuerza lleno,  
Sin fuerza y sin salud al punto espira:  
El hijo muere en el paterno seno,  
Y el contagio fatal al padre inspira;  
El, muriendo, á la esposa lo transfiere,  
Y ella también con su familia muere.

Oyense por las calles los profundos  
Suspiros de los miseros infestos;  
Griegas en cuyos rostros moribundos  
Se ven de amor los malogrados restos,  
Muriendo entre los negros más inmundos,  
Que el alma dan entre horriblos gestos,  
Y la vejez, que trémula se angustia,  
Junto á la juventud pálida y mustia.

Crece la mortandad, crece el estrago  
En los extremos frios y calores;  
Yo fui cuando la tierra vuelve en pago  
Frentos, al labrador, de sus sudores,  
Y á cada instante envuelto en el amago  
De la suerte comun, con mil temores  
Atravesaba las infestas tropas,  
Huyendo del contacto de sus ropas.

La vida libertad, que el alto cielo  
La reserva tal vez para testigo  
De la prosperidad y del consuelo  
Que dáis á quien se acoge á vuestro abrigo:  
No libre de salud, que el vivo celo  
Con que en bien de la patria me fatigo,  
Llevó á mi juventud lo más robusto,  
Como cuando se seca un tierno arbusto.

Pero vos, cuya mano vencedora  
Arrebató la venda á la Fortuna,  
Obligándola á ser admiradora  
De vuestras bellas prendas una á una,  
Arrancadle la presa que devora  
Con pertinaz teson desde la cuna,  
Y en vez de una deidad tan inconstante,  
Vos seréis mi fortuna en adelante.

(2) Causas diversas á que se atribuye la peste en aquel

## IV.

## Á FANNI,

## SOBRE EL ASEDIO DE LA ISLA GADITANA.

Sensible Fanni, que con prendas bellas  
De halagüeña virtud y mente clara  
Tu sexo ilustras y sobre él descuellas;  
Tú, que con gracia y con destreza rara  
Das al papel la perfilada pluma

Que tus conceptos nobles me declara,  
No esperes, no, que mi altivez presuma  
Contestar á las páginas preciosas,  
De gusto y de instruccion patente suma:  
Fuera oponer los cardos á las rosas  
Con que ameno tu ingenio adorna y pinta  
Las más vulgares y comunes cosas;

Dando á la carta áun en la negra tinta  
Más gracia que Ticiano á sus colores,  
Más encanto que el Iris á su cinta.

Mas pidiendo á mi musa algunas flores  
Que cubran los borrones que te escribo,  
Porque á tu vista puedan ser menores,  
Al punto el pensamiento fugitivo  
Vuela hácia las campiñas en que moras,  
Y Tétis ciñe con su brazo altivo,  
A compartir las lágrimas que lloras,  
Mirando esa ciudad, que fué tu cuna,  
Hoy blanco de las armas destructoras.

Cádiz, la favorita de fortuna,  
La más bella entre todas la ciudades,  
Alegre y opulenta cual ninguna,  
Ya de escándalo sirve á las edades,  
Como albergue de un bando sedicioso,  
Que aspira á hacerla emporio de maldades.  
¡Oh! ¡Qué de pena al corazón hermoso  
Que natura te dió, mi amiga triste,  
Causará este espectáculo horroroso!

Tú, que amas ese pueblo, y que le viste  
Tres lustros há, de gloria enardecido,  
Servir la misma causa á que hoy resiste;  
La causa de ese príncipe afligido,  
De su religion santa y leyes justas,  
Que á tan alta opulencia la han subido;  
Y hoy, robando el laurel á las augustas  
Sienes del Rey, atarle con cadenas

A las columnas de Hércules robustas.  
Para tí, que sus crímenes condenas,  
Para todo español allí está escrito  
El *non plus ultra* de amargura y penas.  
Y no lava el borron de su delito  
Cádiz con proclamar que fué forzada  
Por ese enjambre bárbaro y precito;  
Pues de gruesas murallas rodeada,  
Ella pudo cerrar leal y fuerte  
A la furiosa rebelion la entrada.

Que no fué tan pasiva y tan inerte  
Cuando á Solano, mi infeliz amigo,  
Arrastró ciega á lastimera muerte.  
¡Cuánto más justo fuera igual castigo  
En esos tigres que á su rey ultrajan,  
Y ella les presta favorable abrigo!....  
Pero ¡qué voces la corriente atajan  
De mi dolor! ¡De gloria y de alegría  
Qué faustas nuevas desde el cielo bajan!

¡Con que está á la francesa bizzarria  
La ruina del gran monstruo reservada,  
Y el *Trocadero* es suyo en este día!  
La noche saludó á la rebelada  
Insignia sobre el muro inexpugnable,  
Y el sol se halla la lis enarbolada.  
¡Oh asombro de valor! sólo explicable  
Por el honor frances, cuando es guiado  
De Borbon por un vástago admirable.

Ni bastó el murallon tan decantado  
Por más que amaguen muertes á millares  
Cincuenta bocas de Vulcano armado;  
Ni el foso, que era abrazo de dos mares,  
Al pánico terror defensa vana,  
Acumulando allí riesgos y azares;  
Que como por pradera amena y llana  
Marcha el héroe Angulema, y los reparos

De Neptuno y Vulcano á un tiempo allana.

Así lo hicieron los varones claros  
Que en tiempo más feliz produjo España;  
¡Ay! ¡por qué en este nuestro son tan raros!

Y ¡qué momento de sorpresa extraña  
Habrá sido al soberbio comunero,  
A quien su orgullo y su perfidia engaña,  
Ver arrancando el franco granadero,  
Humor salobre y fango chorreando,  
Con la vida la mecha al artillero!

Verle, en valor y lealtad brillante,  
Lauros ganar en que á la par adquirieren  
Gloria Luis, y libertad Fernando.

Así son inmortales los que mueren;  
Así se hacen amar los vencedores  
En cualquier clima que á la luz nacieren:  
Cuando libran su sangre y sus sudores  
A derrocar un monstruo abominable  
Poniendo fin á crímenes y horrores.

Restituir á un pueblo no culpable  
Su antigua ley y un príncipe querido,  
Que tuvo por desgracia el ser amable.  
¡Por qué fatalidad en mí perdido  
Siento aquel estro fácil, numeroso,  
Que en la flor de mi edad me fué aplaudido,  
Para dar á suceso tan glorioso,  
Y al héroe que le dió dichosa cima,  
Verso digno de labio generoso!

Otros á quien Apolo más estima,  
Lo elevarán al templo de la fama  
Con mejor plectro y venturosa rima;  
Que á mí á sentir y á lamentar me llama  
La suerte de mi rey hollado y preso,  
Y el gran borron que á mi nacion infama.

Esto es lo que en el alma tengo impreso;  
Esto lo que conturba mi memoria,  
Y es en mi corazón funesto peso.

Ver todo aquel renombre, aquella gloria  
De la hispana virtud, que apenas pudo  
Contener en sus páginas la historia,  
Por tierra derribada al choque rudo  
De cien facciones, entre sí luchando,  
Sin ser ninguna de la patria escudo.

Por ellas lacerada, está clamando  
A extrañas gentes, que á volverla acudan  
Su dulce paz, su ley y su Fernando.

Y á ellos les deberémos, si se mudan  
Nuestros destinos, no á española diestra,  
Que pocos buenos á la empresa ayudan.  
¡Oh confusión! ¡Oh desventura nuestra!  
Que explicar en mis versos no es posible;  
Ya que en toda expresión eres maestra,  
Canta y pintala tú, Fanni sensible.

## V.

## LA GUERRA GALANA (1).

Apostaré, Belen, que si recibes  
Esta epístola bética en tu mano,  
Quién es el que te escribe no concibes,  
Conociendo no ser tu primo-hermano (2);  
Bueno es que de este gusto ahora te privas,  
Pues áun para decirte es temprano,  
Y te basta saber que yo te estimo  
Más que ningun hermano y ningun primo.  
Pero impaciente tú, y hecha una fiera,  
Te das blandas palmadas en la frente,  
Y dices entre tí, más qué si fuera  
Un jerezano chusco este insolente,  
De estos que con su espada y su montera  
Van perdonando vidas á la gente:  
«Pues si yo le cogiera cara á cara,  
Mil vidas que tuviera le quitara.»  
¡Qué gusto me da el ver que te enfureces!

(1) A una dama discreta, que, ofendida de que se hubiera concludido á favor de otra señora un soneto, cuyo principio estaba hecho por otro autor para ella, remitiendo á Jerez el soneto original, le da la preferencia sobre el nuevo, y decide que su autor no conoce el arte de hacer versos.

(2) Amigo del autor que residía en Jerez, primo de la interesada y motor de esta controversia.

Así me hace más gracia una belleza:  
Ya pones, maldiciéndome mil veces,  
A pública subasta mi cabeza:  
Un beso de tu linda boca ofreces  
(Para darme el castigo con presteza)  
A aquel que te descubra tu enemigo;  
¿Si? pues dame á mí el beso, y te lo digo.  
Yo soy claro, señora, no os asombre:  
Desnuda la verdad voy á poner;  
Que al cabo es hembra la verdad, no hombre,  
Y no debes temer el verla en cueros:  
Sólo procuraré callar mi nombre,  
Que es de aspereza tal, que es exponeros,  
Si acaso vais á pronunciarlo airada,  
A llagar vuestra lengua delicada.

Te engañas ciertamente si es que piensas  
Que soy traidor porque mi nombre oculto:  
No porque me divierta á tus expensas,  
Seré capaz de hacerte algún insulto:  
Para vengar mis públicas ofensas  
Me ocurre de baldones un tumulto;  
Pero al llegar las voces á mis labios,  
Se vuelven en requiebros los agravios.

Pero, Belen, en vano desconoces  
A quien en tu piedad busca un asilo,  
Y más cuando el refrán te dice á voces  
Que saques el ovillo por el hilo:  
Pues ven acá, tirana, ¿no conoces,  
Por lo frío y lo seco del estilo,  
Que es el insulso autor de aquel soneto  
Contra quien fulminaste tu decreto?

Aquel que tuvo la insolente audacia  
De un soneto que estaba á vos compuesto,  
Darle otra conclusion fría y sin gracia,  
Poniendo el nombre de otra en vuestro puesto;  
Por esto solo caigo en tu desgracia,  
Por esto me condenas, y por esto  
Llamas á mi soneto frío y soso,  
Y al del otro salado y sentencioso?

Pues me atrevo á decir, en el aprieto  
En que tus fieras iras me han metido,  
Que no tiene de bueno ese soneto,  
Sino el estaros, niña, dirigido:  
Bien es verdad que en el primer cuarteto  
Parece que el poeta, enardecido,  
Quiere llegar al cielo; mas la fiesta  
Valiente coscorron despues le cuesta.

Yo, el vencedor de la amorosa aljaba.....  
¿Qué talento de autor, denle la palma;  
La Musa á rajatablas le soplabá:  
¿Qué fuego! ¿qué expresión! pero ¿qué calma  
Le sucedió despues! ¿y cómo acaba,  
Hablando con el dueño de su alma,  
Despues de tanto ruido y vocería,  
Con una frigidísima tontería!

Empuña el gran poeta su clarín,  
Préstale todo el mundo su atención,  
Verémos qué resulta en limpio al fin;  
El parto de los montes, un ratón:  
Esos versos con tanto retintín,  
Es fuerza confesarlo sin pasión,  
No sólo indignos de Belen están,  
Mas de la misma burra de Balan.

Como al que dan un vaso de sorbeto,  
Y no ha visto sorbetes en su vida,  
Que el bárbaro al principio se promete  
Engullirse á bocados la bebida,  
Pero apénas resuelto, se entromete  
El frígido tarugo, amortecida  
Se le queda la boca medio abierta,  
Tiosos los dientes, y la lengua yerta;  
Lo mismo á mí, teniendo embarazadas  
Las manos del soneto impertinente,  
Empiezan á ponérseme moradas  
Las uñas, y yo á dar diente con diente;  
Queríanme persuadir mis camaradas  
Que de tercianas era el accidente,  
Y siguiendo la ley de medicina,  
Estuve ya si tomo ó no la quina.

Hablar de la medida no he querido,  
Porque en ella se encuentran mil trabajos;  
De música un papel me ha parecido,

Con unos puntos altos y otros bajos:  
Se me antoja que Apolo, enfurecido,  
Mirando juntos tantos versos majos,  
A palos embistió lleno de enojo,  
Y un verso dejó manco, el otro cojo.  
Mas si el soneto estaba de tu gusto,  
¿Quién me manda, Belen, reñir contigo?  
No quiero ocasionarte más disgusto;  
De tus amigos voy á ser amigo.  
Diré en elogio suyo, pues es justo,  
Que es soneto del tiempo; y no lo digo  
Porque él esté compuesto á lo moderno,  
Sino porque ahora estamos en invierno.

No me mueve á decir la verdad pura  
El que contra mí dices tu decreto,  
Sino el ver que compongan con frescura,  
Teniendo en tu beldad tan noble objeto:  
Yo, si celebrar quiero la hermosura,  
Y más si amor me tiene á ella sujeto,  
Tanto ensalzar mi pobre estilo busco,  
Que en la esfera del fuego le chamusco.

En la esfera del fuego, ó bien mezclára  
Con los rayos del sol mis versos flojos,  
Si para enardecerme no bastára  
El fuego, Belencita, de tus ojos;  
Tus ojos, que lidiando cara á cara  
Al mismo Amor arrancan los despojos,  
Y le hacen confesar entre sus glorias  
Que no hay lauros sin ellos ni victorias.

Si acaso anduve en algo descompuesto,  
Concedeme el perdón, no seas esquiva:  
Bien ves está mi amor á tus pies puesto,  
Aunque mi pensamiento más arriba;  
Y á la menor sonrisa de tu gesto,  
A la menor mirada compasiva,  
Al menor si que de tu boca exhales,  
Harás de mí el mayor de los mortales.

## VI.

## Á UN AMIGO (1).

En este temblador y alarbe suelo,  
Para cuya conquista y obediencia  
Bastó algún día un español capelo (2),  
Gastando estamos meses y paciéncia,  
Muchos marinos, muchos batallones,  
Y gran copia de usía y de exceléncia,  
¿Y aquí me piden versos tus renglones,  
Cual si viviera en el Parnaso amado?  
Pidiéranme venablos ó cañones.

Que entre escombros y ruinas sepultado  
Mi númen yace, envuelto en telarañas,  
De nuevas ruinas siempre amenazado.  
Y áun tan hecho el mezquino á malas mañas,  
Que se burla al decirle que me cante  
De nuestros héroes nuevos las hazañas.

«Para cantar, me dice, en un instante  
Esos triunfos de poco más ó ménos,  
Con dos coplas del polo habrá bastante.»  
¿Hay más perversa musa! ¿estamos buenos!

¿Son éstas aventuras del Quijote,  
Ó insignes hechos de heroísmo llenos?  
«Calla, dice, simplon de capirote,  
Tantas glorias conviértelas en cero,  
Y, si acertarlo quieres, en cerote.

«Si hubiera habido un héroe verdadero  
Entre tantos, el moro que quedára,  
Que me lo claven en la frente quiero.

«Oh si el buen Cid Rodrigo levántára  
De la sepulcral lámpida el volúmen,  
Sacando al sol su macilenta cara!

«Si no se ahogára en risa, que me emplumen,  
Aun no juzgando dignos de su enojo  
Á cuantos de valientes hoy presumen.

(1) Despues del terremoto de Orán escribe el autor desde aquella bahía, donde se hallaba embarcado en un buque en que estaba arbolada la corneta ó insignia del general del apostadero, censurando la inacción de nuestras armas, la desigualdad de algunos premios, debidos al favor, y al fin pintando las cacerías poco felices en que se entretenían los oficiales.

(2) El célebre cardenal Jiménez de Cisneros.

«Por cierto, nos diría, lindo arrojo  
Es acechar los moros á distancia.  
Donde apénas se ven con el anteojol

«El refrán de á más moros más ganancia,  
Que hizo el valor verdad de Pero-Grullo,  
Ya lo gradúa el miedo de arrogancia.

«Nunca de la razón yo me escabullo;  
Un jayan fui, no supe hacer trincheras,  
Pero trinché á los moros el orgullo.

«El lienzo tremolante en las banderas  
Fué el solo murallon que en la batalla  
Opuse á las contrarias armas fieras.

«Más gente de la bárbara canalla  
Ha espachurrado á coces mi Babieca  
Que tantas bombas, balas y metralla.

«Difunto estoy, y si me da jaqueca,  
Y casualmente pego un estornudo,  
Temblará el zancarrón allá en la Meca.»

Esto dijera el Cid; y no lo dudo,  
Que cual funest escudo de Minerva,  
Murieron moros al mirar su escudo.

Esto dijera al ver que en la caterva  
Alarbe emplea envilecida España  
Vanamente el vigor que en sí reserva.

Esto al ver los pertrechos en campaña,  
Y perseguir con tiros de cañones  
A los que él persiguió con una caña.

Si para un bruto tantas prevenciones,  
¿Cómo resistirá el poder unido  
De fuertes y políticas naciones!

¿Tal enjambre de premios repartido  
En unos, cuyos méritos ignoro,  
En otros, que ni áun ellos lo han sabido!

¿Oh Febo, tu sagrada luz imploro,  
Préstamela, si acaso no la ofusca  
Tanta brillante charretera de oro!

Imitaré la extravagancia chusca  
Del Cínico, que, armado de linterna,  
Un hombre en medio de los hombres busca.

Pero mi musa, bachillera eterna,  
Como débil mujer, se inquieta y salta  
Si en ajenos negocios no se interna.

¿Qué le importará á ella que en voz alta  
Llamen valiente al que para gallina  
Sólo el verle poner huevos nos falta!

Siempre á morder ó censurar se inclina,  
Y á la tonta le pega lo censora  
Como á un padre prior la carabina.

Verémos si el humor se le mejora  
Al leer en tu carta el nuevo grado  
Con que la patria tu valor decora.

Mas la taimada al cabo ha reparado  
Que otros lleven los hombros de oro llenos,  
Y tú muestres el uno tan pe'ado.

Los grados para cátedra son buenos;  
Que el magnánimo pecho no repara  
En sesenta minutos más ó ménos.

Si el valor como debe se premiára,  
Vieras entre dos gruesas charreteras  
Colorear tu rubicunda cara.

Yo no sé cómo chanzas tan ligeras  
Puede seguir quien vive en un presidio,  
Donde le afligen tan pesadas véras.

Mi situación comparo á la de Ovidio,  
Pues no será peor que Orán el Ponto:  
Tal es mi suerte, que la suya envidio.

No hay otra diferencia, por el pronto,  
Que ser destierro el Ponto de un gran sabio,  
Y serlo Orán, en mí, de un pobre tonto.

Las mismas amarguras por tu labio  
Probaste tú tambien; mas la dulzura  
Hallaste al fin, que por hallar yo rabio.

De día en día va mi desventura  
En perseguirme haciéndose reacia,  
Y con nuevas amarras me asegura.

Mi vista nunca de mirar se sacia  
En el tope la insignia de dos cuernos,  
Que en nuestras frentes es de mala gracia.

Más gustoso pasára cien inviernos  
Ayudando al flemático Caronte  
A llenar de fantasmal los infiernos,  
Que contemplar tan tétrico horizonte

En mi buque infeliz, del que no salgo  
Sino, como las cabras, para el monte.

En él de nada sirvo, nada valgo:  
Sólo cuando los otros van á caza  
Suelo suplir la falta de algún galgo.

Bien puedes inferir qué linda traza  
De cazas, pues son útiles en ellas  
Los desmayados ojos de Arriaza!

De tanto cazador sigo las huellas,  
Y armado con un chuzo, á lo sereno,  
Parece voy pinchando las estrellas.

En caza hierve el áspero terreno:  
Mas, de tantos que espuman sus hervores,  
No hay quien nos sepa dar un caldo bueno.

Armados de escopetas los mejores;  
Aunque, según lo que ellos van cazando,  
Mejor lo harán con plato y tenedores.

Las aves mansamente van volando  
Un conejo se espulga en cada mata,  
Sin tener miedo al venatorio bando.

Mucho en el apuntar se disparata:  
Hay tiro que tan sólo acertaría  
Si pudiera salir por la culata;

Pues solamente así se enmendaría  
Volando las perdices hácia el Norte,  
Parar la munición al Mediodía.

Conviene al largo asunto dar un córtico.  
Adios, que ya me anuncia la campana  
Caza de más sustancia y más importe.  
Voy á comer, y á fe con buena gana.

## VII.

## Á FELICIANO (1).

En verso he de escribir, por más que ayazo  
Guarde los consonantes con cien llaves  
Apolo, sin querer prestarme amparo.

Versos duros serán, que los suaves,  
Llenos de gracia, pompa y hermosura  
Sólo tú, Feliciano, hacerlos sabes.

Harto hace el triste vate que procura  
Que once sílabas sigan á otras once,  
Formando procesion lánguida y dura,

Y que si el primer verso acaba en *bronce*,  
El pobre á quien la carta se dirige,  
Por fuerza ha de llamarse *Alonso-Ponce*;

Pues la esperanza de esta ley no añige  
Á aquel que, como tú, los consonantes  
Como entre peras sin temor elige;

Tú, sí, razón será que siempre cantes,  
Sin que te valgan frívolas excusas,  
Y al cielo la sonora voz levantes.

Tú, que dejas las gentes bien confusas,  
Dudando si las Musas te han soplado,  
Ó si tú eres el fuelle de las Musas.

Y quédese entre el polvo sepultado  
El infeliz poeta á quien abate  
De amor el yugo, y la opresión del hado.

Pero á tí, del Parnaso inclito vate,  
Cuyos versos sin duda Apolo encierra  
Dentro de algún lucido escaparate,

Á tí te toca levantar de tierra  
Mi desvalida musa, y darle el fuego  
Que á todo ingenio en tu romance aterra.

Yo siempre á los romances tuve apego,  
Pues con ellos su vida el ciego gana,  
Y á mí me falta poco para ciego.

(1) Se escribió en respuesta á un romance de dicho amigo, en que éste le acusaba de inconsecuencia en la amistad, y le enviaba dos sonetos para que los censurase; el uno defectuoso por la demasada repetición del apellido *Caputo*, y el otro de más mérito. Los primeros versos del romance, sin los cuales no se entendería la Epístola, son como sigue:

No canto del fiero Marte  
Los peligrosos encuentros,  
Ni canto opulentas villas  
Ni derrocados imperios....  
Mas de nuestra amistad canto  
Los vínculos ya de hechos;  
Que en ella, por nuestro daño,  
Astarot hoy anda suelto,

Principias á lo auter de Ariáucana,  
Y en decirnos las cosas que nos cantas  
Se van medio romance y la mañana.  
Acabas el exordio, y ya me plantas  
Un pedimento en tono de abogado,  
Con el cual de patillas me levantas.  
Dices que en el correo no has hallado  
Carta mía al llegar á ese destino;  
Y á mí ¡quién me escribió que habías llegado?  
¡Soy acaso profeta ó adivino?  
Lo que está junto á mí veo con pena,  
¡Y veré á ochenta leguas de camin!  
Sin culpa tu cariño me condena;  
Yo no pude saber si tu navío  
Dió fondo en el Ferrol ó en la Cayena.  
Presida nuestro amante desafío  
La diosa Astrea; su justicia invoco,  
Que diga si el error es tuyo ó mio.  
No conozco á *Astarot* mucho ni poco;  
Pero, pues sientes tanto que *ando suelto*,  
Sin cuda debe ser un grande loco.  
Abandonar la carta había resuelto;  
Mas ya que en estas rimas infelices  
Involuntariamente me hallo envuelto,  
Vamos á los sonetos, que me dices  
Te dé mi parecer sobre ellos: digo  
Que son composiciones muy felices.  
Pero no he de callarte, como amigo,  
Los reparos de cierto apasionado,  
Que gran reputación goza conmigo.  
*Capuzo* (dice el tal) muy obligado  
Te debe estar, pues su renombre acreces,  
Haciéndole sujeto muy nombrado.  
Y quien lea los versos que le ofreces,  
No acabará del todo la lectura  
Sin nombrarle á lo ménos siete veces.  
A fe que dice el tal la verdad pura:  
Tanto poner el nombre del sujeto  
Huele á ripio á cien leguas de andadura.  
Y aquel *Capuzo* del primer cuarteto,  
Tal capuzon quisiera yo que diese,  
Que á salir no volviera en el soneto.  
Ojalá éste el reparo único fuese  
Que en la frente ceñuda y arrugada  
Al rígido censor se le pusiese.  
Siguió, pues, la lectura comenzada,  
Llegó á aquel *casi llora*, y al instante  
Dijo: «Esto no me gusta *casi nada*.»  
Quitale al llanto el *casi* de delante,  
Y déjale llorar á rienda suelta,  
Que no es lo más impropio en un amante.  
Ya tu composición quedaba absuelta  
Por lo demás; pero el censor de pronto  
Dijo con voz irónica y resuelta:  
«Ó yo vivo engañado como un tonto,  
Ó aquí hay un disparate positivo.»  
Yo á responder en tu favor me apronto.  
«¿No dicen que á su ausente con un vivo  
Amor esa *Amarilis* corresponde?  
Luego no viene á pelo *amor esquivo*.—  
»Señor, yo dije, á nadie se le esconde  
Que de aquello á que fuerza el consonante  
Ni el poeta más clásico responde.  
»Si en vez de *pensativo*, vacilante  
Hubiera puesto en el renglon primero,  
No fuera *esquivo* amor, sino constante.»  
Amigo, el consonante y el dinero  
Son dos cosas que en este mundo triste  
Por las más poderosas considero;  
Pues así como el rico á quien asiste  
Un buen bolsón de mejicana fruta  
La frágil castidad no le resiste;  
Así, acabando un verso en *absoluta*,  
Á mujer que se mete en el siguiente  
Su honor el consonante le disputa.  
Con esto el escrutinio impertinente  
Tuvo fin, y el soneto á *Proserpina*  
Por todos fué aprobado de excelente.  
Si tu curiosidad tenaz se ostina  
En conocer al reprensor adusto  
Que tan inexorable te examina,  
Sábetete que es un griego que de Augusto

El siglo conoció, y en su palacio  
Fué alojado; su nombre es el Buen-Gusto.  
Floreció con Virgilio y con Horacio,  
Y muertos ellos se acogió al Parnaso,  
Donde vivió escondido largo espacio;  
La española Talía no hizo caso  
Jamás de él, y no fuera conocido  
A no ser por el jóven Garcilaso.  
Este, habiendo la Italia recorrido,  
En un valle se ve que le restaura  
Con mil aromas el vigor perdido.  
Sonando el agua y murmurando el aura,  
Y respondiendo el eco, esparcen sólo:  
«Aquí Petrarca suspiró á su Laura.»  
Y sobre el solitario mausoleo  
Reclinado el Buen-Gusto, se lamenta  
De la pérdida musa al rubio Apolo.  
Entonces Laso á visitar le alienta  
Las desvalidas máyades del Tajo,  
Y los pastores que cantar intenta.  
A nuestra España á su pesar le trajo,  
Cuyo vulgo poético al buen viejo  
Recibió con estéril agasajo.  
Viendo, como en un claro y fiel espejo,  
En él su barbarismo retratado,  
Tomaron el huírle por consejo.  
Fué el número de amigos muy contado  
En aquel feliz tiempo, que en el nuestro  
A dos indiferentes no ha llegado.  
Este divino y singular maestro,  
Cuyas huellas seguir procuro en vano,  
Me dictó los errores que te nuestro.  
Resignación y enmienda, Feliciano.

## CANCIONES.

### I.

#### EL SUEÑO IMPORTUNO.

No vengas, dulce sombra  
De mi adorado dueño,  
A hermosear mi sueño  
Para volar con él:  
Mi labio ¡ay Dios! te nombra;  
Pero despierto, y pago  
Caro el fugaz halago  
Con un dolor cruel.

Ponga lá noche al ménos  
Tregua á las ansias mías;  
Y pues me sobran días  
Para apurar su hiel,  
No vengas, dulce sombra  
De mi adorado dueño,  
A hermosear mi sueño  
Para volar con él.

Muerte es la negra noche,  
Muere del sol el rayo,  
Ceden á igual desmayo  
Campo, aveçilla y flor;  
Y hallo en tan vasto luto  
El infeliz consuelo  
De ver el mundo en duelo,  
Como lo está mi amor.

Si él á oprimir bastare  
Mi párpado un momento,  
El velador tormento  
Siendo un momento infel;  
No vengas, dulce sombra  
De mi adorado dueño,  
A hermosear mi sueño  
Para volar con él.

Quando en la amarga lucha  
De mi tenaz congoja

Sobre el cojín se arroja  
Mi acalorada sien,  
Este el postrer suspiro  
Es, digo, y postrer gota  
Que de mis ojos brota  
Para el ingrato bien.

No anhelo sueño entonces,  
Sino mortal letargo;  
Mas ¡ay! que el llanto amargo  
Vuelve á mis ojos fiel,  
Tras la implacable sombra  
De mi adorado dueño,  
Que hermoseó mi sueño  
Para volar con él.

No soy de los felices  
A quienes blando el sueño  
Suele volver risueño  
Dichas que les robó.  
A mí un sopor terrible  
Lígame en férreos lazos,  
Para arrojarme en brazos  
Del ansia en que me halló.

Para respirar soñando,  
Sin despertar muriendo,  
De tanto espectro horrendo  
Entre el feroz tropel,  
No vengas, dulce sombra  
De mi adorado dueño,  
A hermosear mi sueño  
Para volar con él.

Sé fiel á mis desdichas,  
Oh sueño; en tus delirios,  
Píntame los martirios  
De mi constante fe.  
Píntame los rigores  
O la cruel cadena  
A que ella me condena  
Cuando á sus piés me ve.

Mas si en mi mal piadoso  
Vas á pintarla humana.....  
Mientes, que ella es tirana,  
Rompe el falaz pincel,  
Y huya la amable sombra  
De mi adorado dueño  
De hermosear mi sueño  
Para volar con él.

### II.

#### LA CELMIRA (1).

Hoy por la vez primera,  
Verdad sencilla y pura,  
Elevaré el mérito en tus manos;  
Su forma verdadera,  
Libre de la impostura,  
Hoy será manifiesta á los humanos;  
Con furoros insanos  
Sus divinos reflejos  
Acechará la envidia desde léjos.

A tí, deidad amable,  
Consagro yo mi lira,  
Cuya inocente voz el mundo extraña,  
Porque en el execrable  
Templo de la mentira  
Nunca viles elogios acompaña,  
Ni glorias del que baña  
La tierra con espanto,  
En sangre la mitad, el resto en llanto.

(1) Fué hecha esta composición á la Duquesa de Alba, por la presentación que se efectuó en su casa, asistida de algunos amigos. Bajo el nombre y fábula de Celmira se elogia el completo desempeño que dió la Duquesa á la tonadilla del Misántropo; y luego el buen gusto y cumplimiento de toda la función, con alusión á las muchas prendas sociales que adornaban á tan amable dama.

Mientras esos feroces (2)  
Guerreros por las manos  
De los que les maldicen se coronan,  
Entonando sus voces  
Elogios inhumanos  
Al són de los suspiros que ocasionan,  
Dulcemente se entonan  
Los ecos de mi lira  
Para cantar las glorias de Celmira.

El céfiro su aliento,  
Las aguas su murmullo,  
Aves y ninfas sus cantares glosan  
De Febo en el asiento;  
Pero viendo el orgullo  
Noble con que cantar mis labios osan,  
Las aguas se reposan,  
Los aires se suspenden,  
Las ninfas y los pájaros atienden.

Todo en silencio calla,  
Y aun el silencio escucha;  
Las praderas del Pindo se semejan  
A un campo de batalla  
Cuando la fiera lucha  
Los vencedores y vencidos dejan;  
Y hasta los que se quejan  
De su tremenda suerte  
Se entregan al silencio de la muerte.

Febo libra sus sienes  
De los cabellos rojos,  
Por no perder un eco de mi canto.  
No te admire si tienes,  
Celmira, en esos ojos  
Para débiles hombres tal encanto,  
Pues reparé, entre tanto  
Que te nombraba el labio,  
Mi propio rendimiento en el dios sabio.

Yo canté tu belleza,  
De las almas consuelo,  
Zagala, de los ojos alegría;  
En quien naturaleza,  
La fortuna y el cielo  
Repartieron sus dones á porfía;  
Y aun tuve la osadía,  
Al par de tu hermosura,  
De celebrar tu gracia y tu ternura.

El noble sentimiento  
Que en ese pecho asiste,  
Y ajenas desventuras no tolera;  
Con que le das contento,  
Sin que le pida, al triste,  
Y remedias su mal tan placentera,  
Que el triste no quisiera,  
Cuando aliviado parte,  
Acabar de tomar por no dejarte.

Así yo repasaba  
Tus prendas de una en una,  
Esforzando el acento; mas Apolo,  
Que absorto me escuchaba,  
No es dado á voz alguna  
(Dice) con dignidad, sino á mi solo,  
Llevar de polo á polo  
De Celmira la gloria;  
Oid en el amor su gran victoria:

Al despuntar el día (3),  
Cuando mi luz ya dora  
Las copas de los álamos mayores,  
De su redil salía,  
Más bella que la aurora,  
La dulce perdición de los pastores;

(2) Sólo se alude á los que únicamente la ambición de gloria mueve á desear la guerra; no á los que, estimulados del honor ó la necesidad, toman las armas para asegurar la paz.

(3) Esta ficción es el asunto de la expresada tonadilla del Misántropo.